



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**LA “VACUNA” AL PROGRESO:
LA EXTORSIÓN A NEGOCIOS Y
EMPREDIMIENTOS EN MEDELLÍN**

Autor

Sergio Andrés Ramírez Zuluaga

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones y Filología

Medellín, Colombia

2022





La “vacuna” al progreso: la extorsión a negocios y emprendimientos en Medellín

Sergio Andrés Ramírez Zuluaga

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesor

Juan David Ortiz Franco, Magíster (MSc) en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad
EAFIT

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología

Periodismo

Medellín, Antioquia, Colombia

2022

Cita	(Ramírez Zuluaga, 2022)
Referencia	Ramírez Zuluaga S.A. (2021). <i>La “vacuna” al progreso: la extorsión a negocios y emprendimientos en Medellín</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Este proyecto recibió dineros del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado, financiado por la Facultad de Comunicaciones y Filología y por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano: Edwin Carvajal Córdoba.

Jefe departamento: Juan David Rodas Patiño.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A las personas que estuvieron dispuestas a contarme sus historias, y que confiaron en mí para permitirme realizar este trabajo. También a quienes me ayudaron a llegar a esas personas: Maria Cristina Poveda, del Sindicato de Venteros de Boston; Guillermo Giraldo, de la Unión General de Trabajadores de la Economía Informal; el profesor Víctor Andrés Casas, quien me dio consejos y contactos; el profesor Juan David Ortiz, quien incluso antes de convertirse en mi asesor de trabajo de grado ya me había asistido y aconsejado; y a muchos otros a los que debo agradecer de manera más anónima.

A las personas que me ayudaron a comprender, en la medida de lo posible, este fenómeno de la extorsión: Carolina Lopera Tobón, profesora en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, y coordinadora e investigadora del Centro de Análisis Político de EAFIT; Claudia Cadavid Echeverry, investigadora del Observatorio de Seguridad Humana de Medellín; Juan Esteban Ríos, investigador del Instituto de Capacitación Popular; y a los dueños de pequeños negocios formales e informales que me contaron sus experiencias.

A compañeros y profesores que no solo me ayudaron en este trabajo de grado, sino a lo largo de estos últimos cinco años.

A mis familiares, sin cuyo apoyo nunca habría tenido la oportunidad de siquiera escribir estas palabras.

Y a muchos otros que hicieron posible llegar hasta aquí.

Tabla de contenido

Introducción	6
Capítulo 1: El recordatorio de cada jueves.....	11
Capítulo 2: Una deuda eterna	19
Capítulo 3: La incertidumbre tras cada “vacuna”	30

Introducción

Creo que el mayor truco de aquellos detrás de la extorsión es conseguir que ese crimen sea invisible. No pretendo decir esto con el tono de un erudito o de un investigador veterano que se sabe conocedor del tema. Lo digo más bien como alguien que reconoce que sólo recientemente se percató de que aquella realidad es casi omnipresente en esta ciudad.

Estoy consciente de que tan solo en el anterior párrafo he hecho dos afirmaciones, para algunos, problemáticas y, para otros, cuando menos difíciles de probar. Por eso mismo, quizá sea mejor explicar de dónde nace esa percepción, una experiencia propia que podría conducir a pensar que aquello no es más que un hecho aislado y anecdótico. Sin embargo, más adelante, un simple vistazo panorámico revela la magnitud del fenómeno de la extorsión en Medellín.

Conozco a “los vigilantes”. Lo he hecho toda mi vida, pues mi padre, como muchos otros, siempre ha tenido que vérselas con ellos a la hora de parquear su carro, y esperar que este siga allí intacto horas más tarde. Y eso se ha repetido en Manrique, en Aranjuez, en Robledo, en Castilla, e incluso en Bello. También, quizá percibiendo la reticencia de mi padre con esos personajes, no tardé mucho en asumir que no solo sus intenciones no eran desinteresadas (lo cual por sí mismo no resulta sorprendente), sino también que sus servicios eran sospechosamente convenientes y, a veces difíciles de rechazar: sospechosamente convenientes porque en las noches o semanas en las cuales no se pagaba la cuota por tales altruistas servicios, el carro de mi padre aparecía con rayones, llantas desinfladas e incluso, en un par de ocasiones, con las ventanas bajadas y sin un par de objetos dentro. Y difíciles de rechazar porque los vigilantes, con su solemne elocuencia, aconsejaban que nos pusiéramos las “pilas” con los pagos, que eso era lo mejor.

Durante una buena parte de mi vida, aquella desconfianza y temor a los “vigilantes” fue lo más cerca que estuve de comenzar a vislumbrar la extorsión en la ciudad. Para mi mente infantil y posteriormente adolescente aquella era toda la extorsión que conocía. De hecho, no estoy seguro de si por aquel entonces lo entendía como extorsión, pues con confusión recuerdo que no solía siquiera relacionar o asociar los actos taimados de los “vigilantes”, con esa palabra, ese crimen que

se nos muestra en los medios y que es particularmente directo con lo que se quiere y con lo que se pretende hacer para lograrlo.

Sin embargo, con el tiempo, también fui testigo de otros actos mucho más claros y descarados de la extorsión, o, mejor dicho, no me enteré del crimen, sino de sus consecuencias.

Recuerdo lo raro que fue asimilar que uno de los tenderos, el dueño de una legumbrería al que tenía la impresión de conocer de toda la vida, de un día a otro se marchó del barrio, en Castilla, cortando todos los vínculos que tenía incluso con personas tan cercanas a él, y que fueron sus clientes por más de una década, como lo llegó a ser mi madre. Ella fue testigo de un episodio que dejaba entrever los motivos de la partida del Mono.

Poco menos de una hora antes de las 12 del mediodía, la hora perfecta para hacer las compras para el almuerzo, un hombre le anunció allí al Mono, bajo la carpa de la revueltería y a la vista de varios clientes, entre ellos mi madre, que la cuota iba aumentar. La orden venía directamente del “Patrón”. Aquella altanería no fue bien recibida por el Mono, que reaccionó más agresivamente de lo que la mayoría nos podríamos atrever ante la presencia de una persona que a todas luces es peligrosa.

Un “no te pienso pagar más hijueputa” desencadenó un intercambio de insultos y empujones que terminaron con el cobrador cayendo de espaldas fuera del negocio. La respuesta del hombre fue buscar en sus pantalones, debajo de su cinturón, algo que para suerte de todos los presentes no estaba, y que lo obligó a marcharse no sin antes lanzar amenazas de muerte mientras se montaba en la moto en la que llegó. El Mono hizo unas llamadas, e intentó hacer lo que pudo para tranquilizar y atender a los clientes.

En los días siguientes, si uno entraba a la revueltería y se fijaba en el fondo, encima de las neveras donde estaban las pulpas y las bandejas de algunas frutas, se podía ver una escopeta, dispuesta allí en una especie de respuesta y declaración de intenciones. Esa exhibición, sin embargo, no duró mucho. El negocio cerró menos de una semana después del incidente, y nunca volvimos a saber nada más del Mono.

Ese no fue un incidente aislado. Casos similares de negocios que cerraban y sus dueños desaparecían, salían a la luz si uno hacía las preguntas correctas. Pero esto no ocurría solo en Castilla.

Desde al menos el 2013, informes como el Estado de Derechos en Antioquia, de la Coordinación Colombia Europa Estados Unidos –CCEEU Nodo Antioquia, adelantado por organizaciones como Instituto Popular de Capacitación, ya alertaban del silencioso fenómeno del desplazamiento forzado intraurbano; silencioso precisamente porque esos desplazamientos no son masivos, sino “gota a gota”. Las víctimas son personas o familias que escapan de sus comunas o corregimientos debido a amenazas. Ese fenómeno se mantuvo por lo menos hasta 2019, cuando según un informe de la Personería se había convertido en el delito de mayor impacto en la ciudad. Según las mismas investigaciones, detrás de algunas de estas amenazas estaba la extorsión.

En 2017, de acuerdo con datos entregados por la alcaldía de Federico Gutiérrez al proyecto Hacemos Memoria, en aquel año el Equipo de Atención y Reparación de Víctimas atendió 3.494 personas expulsadas de sus territorios dentro de la misma ciudad en ese mismo año. Por otra parte, según la investigación La extorsión en Medellín como fenómeno del orden social, poder político y control territorial, adelantada por la Secretaría de Seguridad en conjunto con el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, 422 víctimas de desplazamiento forzado intraurbano declararon en el 2017 que las razones de este eran prácticas extorsivas.

Si bien haciendo cuentas este último número sólo representa el 12% del total de casos de desplazamiento registrados por la Alcaldía ese año, hace falta considerar dos cosas: por una parte, en el informe antes citado del 2013 se había advertido el inminente subregistro de casos de desplazamiento.

Pero aparte de esto, organizaciones como el IPC señalan que el fenómeno de la extorsión está poco dimensionado por parte de las autoridades.

Teniendo en cuenta que desde al menos el 2015, de acuerdo con el SISC, en el 80% de los barrios de Medellín se sufría alguna modalidad de extorsión, resulta inconcebible entonces, parafraseando al IPC en su investigación La Coerción Extorsiva en Medellín, que un delito del que tenemos constancia de su abrumadora envergadura tenga un menor número de reportes en comparación con otros delitos, como el homicidio. En el 2019, por ejemplo, se registraron 479 homicidios, en comparación con los 409 casos de extorsión denunciados.

Además, resulta problemático que se plantee año tras año la reducción de esas denuncias como un reflejo de la reducción de ese delito. En el 2019 esa reducción fue del 13%, y en el 2021, del 40%.

La reducción de las denuncias de extorsión es de hecho síntoma de las falencias del enfoque “securitista” de las últimas Alcaldías a la hora de combatir el crimen. Como lo señala el IPC en la investigación antes mencionada, ese enfoque solo se preocupa por presentar datos sin preocuparse por las implicaciones que tiene la extorsión para sus víctimas. Por esa razón, medir la extorsión tan solo por medio de denuncias es un gran error.

Carolina Lopera Tobón, quien fue investigadora de la Secretaría de Seguridad de Medellín, y es actualmente profesora en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, y coordinadora e investigadora del Centro de Análisis Político de EAFIT, explica que este enfoque pone una carga desproporcionada sobre las víctimas. Se les pide a las personas afectadas por un crimen, cuyo éxito está basado en la coacción, el control, el miedo o incluso la simpatía que arriesguen sus vidas con la denuncia. De lo contrario, el fenómeno no existe.

Después de la marcha forzada del Mono, nadie volvió a mencionar lo que le había pasado, las preguntas al respecto ocasionaban nerviosismo o indiferencia en el barrio. Después comprendí que aquel silencio no solo se aplicaba solo ese caso, sino también a otros negocios también desaparecidos que enfrentaron ese silencio mientras veían cómo sus proyectos de vida se desangraban lentamente. Muchas otras personas siguen viviendo esa situación: la aguantan, la soportan o la justifican. Pero una vez más, en silencio.

Este trabajo incluye tres historias sobre negocios que viven o han vivido la extorsión y es, en definitiva, un intento por romper ese silencio. **El recordatorio de cada jueves** narra la rutina de una fábrica de arepas en Santa Cruz, rutina atravesada por la extorsión de una de las organizaciones criminales más antiguas del Valle de Aburrá. Ese emprendimiento es la fuente de ingresos para una familia desplazada que, frente al control de la estructura criminal que domina las comunas 1 y 2, lo único que se puede permitir es cubrir sus pasos para evitar un mayor abuso, a la par que se niega a naturalizar e ignorar ese crimen.

Una deuda eterna es la historia a lo largo de varios años de dos vendedoras informales del parque de Boston: una madre cabeza de familia que procura aferrarse al proyecto por medio del cual busca dar una mejor vida a ella y a su hijo; y una mujer cuyo puesto de trabajo es su primera oportunidad para cambiar sus condiciones precarias. Sus casos se explican por deudas a pagadarios, que con el tiempo se degradaron en extorsión que amenazaron con apagar sus sueños. Dos mujeres que después de años de impotencia y de una decadente espiral, llegaron a la conclusión que su única opción era resistir.

Finalmente, **La incertidumbre tras cada “vacuna”** es la historia de la extorsión desde la perspectiva de dos negocios en Castilla, cuyos propietarios tienen miradas diferentes sobre lo que significan las “vacunas”, pero que encuentran en ellas algo necesario para el futuro de sus proyectos. Una exploración sobre lo que algunos comerciantes están dispuestos a aceptar a cambio de vivir en una aparente seguridad tras la que se esconde una guillotina siempre a punto de caer.

Capítulo 1: El recordatorio de cada jueves

Son las cuatro de la mañana del primer jueves de junio. Un par de grandes hornos metálicos en forma de cubos se encuentran encendidos en el segundo piso de una pequeña casa en Santa Cruz, en un largo cuarto en forma de “L” invertida, junto con otras máquinas y estructuras metálicas que aguardan allí, como partes de una línea de ensamblaje. El olor a maíz y el aire caliente que se escapa desde el interior del cuarto indican el inicio de una nueva jornada.

Afuera del cuarto, hay costales de maíz apilados en varias columnas, casi tocando el techo. En los hornos que hace poco fueron encendidos está, de hecho, el contenido de un par de costales en cada uno, dulce de maíz cocinado desde ayer pero recalentado hoy para hacerlo blando. En el transcurso de la mañana, todo ese maíz será tomado en pequeñas fracciones con forma de troncos poco más pequeños que un balón de voleibol, luego se convertirán en láminas gruesas y con una moldeadora extraerán de ellas discos de distintos tamaños, que luego se colocarán en una larga cinta de tres pisos, donde se asarán, se enfriarán y serán empaquetados al final del recorrido.

Hoy jueves, en el segundo piso de esta pequeña fábrica de arepas en Santa Cruz, se trabajará como cualquier otro día. Quizá no como el domingo, cuando la fábrica queda en silencio. Ni tampoco como el viernes, el sábado o el lunes, cuando se debe compensar lo que no se produce el día de descanso. Hoy se producirá lo que se pueda producir entre las cuatro y las ocho de la mañana, como cualquier otro día.

Pero, hoy se deberá pagar lo que se ha estado pagando todos los anteriores jueves, en un ritual semanal conocido por todos, quizá odiado por algunos, soportado por muchos otros, y justificado por unos pocos. Un ritual que hoy pasa en esta fábrica, pero en otras puede que pase mañana, o el próximo lunes. Este jueves 2 de junio de 2022 será un recordatorio de las condiciones bajo las cuales esta fábrica en Santa Cruz ha podido funcionar durante los últimos diez años.

Catalina todavía duerme en el extremo contrario del segundo piso, no por irresponsabilidad. Años de trabajo y madrugadas han moldeado su carácter. El seguir acostada se puede entender más bien como una recompensa y una expresión de triunfo. Cira, su madre, ya se encuentra en la cocina del primer piso, desperezando su habitual buen humor. Tras haber prendido los hornos a las 3:50, todo lo que quedaba por hacer durante las siguientes horas era esperar la llegada, una por una, de las tres empleadas contratadas por la fábrica. Después de haber recibido a la primera poco antes de las 4 en punto, Cira podría esperar dormida a las demás, solo despertando de vez en cuando para abrir la puerta y revisar el estado del segundo piso. Y sin embargo, está allí en la cocina, tomándose un tinto.

Ha pasado un tiempo desde la última vez en que estar despierta a estas horas, más que una decisión, era una necesidad, cuando en aquel entonces la responsabilidad de mantener la fábrica en marcha era únicamente de Cira y Catalina. Esa libertad de decisión es uno de los muchos cambios que han tenido lugar a lo largo de los diez años durante los cuales esta fábrica de arepas ha existido. Quizá uno de los más notables es el trájín que tomará lugar en el segundo piso en el transcurso de la mañana. Desde las empleadas que llegan; los hornos funcionando; pesados pedazos de maíz golpeando las mesas de metal; y la cinta en donde se asan las arepas.

Todo ese movimiento en el segundo piso era inexistente cuando, años atrás, ollas tomaban el lugar de los grandes cubos metálicos; cuando, en vez de empleadas, eran Catalina, su hermana y hermano menor, una tía, además de la propia Cira, quienes moldeaban las arepas y las asaban en un gran horno, parecido a los utilizados para hornear pizza. Ahora la cinta ha automatizado este proceso.

Antes solo se hacían una pequeña parte del contenido de los cuatro costales que en promedio se hacen hoy en día, unas doscientas arepas por costal. Por supuesto, las máquinas que hoy tienen a su disposición contribuyeron a ese aumento, pero sutiles refinamientos, como cierto movimiento de las manos, cierta variación de la temperatura en hornos y ollas, o incluso un cambio en el tipo de maíz comprado, hicieron posible que la fábrica siguiera existiendo.

Si Cira no hubiera acabado ya su tinto, y no hubiera decidido subir al segundo piso, para después permitirse, ahora sí, cierto descanso, quizá habría comenzado a recordar cómo empezó todo.

La primera en dejar Córdoba fue Catalina. Llegó a Medellín en el 2008, tenía 14 años, y comenzó a vivir en Castilla, en la casa de una tía, donde a partir de ese momento ayudó en el negocio familiar de arepas, a la par que asistía al colegio. Su responsabilidad terminó de ser pulida en aquel entonces, al igual que todas las habilidades que años después le serían útiles.

Que Catalina permaneciera sola en la ciudad pese a que estaba a punto de graduarse del colegio, fue una de las razones que impulsó a Cira a viajar a Medellín. La otra fue la presencia de grupos armados cerca de la finca donde vivía con su esposo y el hermano y hermana menor de Catalina. Ante la posibilidad de que su único hijo fuera reclutado, llegó a la ciudad en el 2012. El único que se quedó en Córdoba fue su esposo.

Madre e hija se reunieron finalmente en la ciudad y comenzaron a pensar en el futuro juntas. Es fácil visualizar el dúo que las dos conformaron desde ese entonces, una especie de Ying y Yang: Catalina, joven pero serena, seria y franca, y Cira, afable, expresiva y una sonrisa jovial que no desenchaja con sus cinco décadas.

Lo siguiente que hicieron fue intentar comenzar de cero. Mientras Catalina continuó trabajando en casa de su tía, Cira se dedicó por meses a encontrar algún puesto de trabajo. Lo que finalmente surgió no fue resultado de sus búsquedas, sino una recomendación de la tía de Catalina.

En Santa Cruz, un hombre estaba ofreciendo una casa de dos pisos, arrendada, pero con ollas, horno, y todo lo necesario para hacer y vender arepas. Sin embargo, había un aspecto de ese negocio que podría haber hecho dudar a cualquiera, uno que sin embargo reveló sin problemas. Después de todo, no es ninguna sorpresa para quienes tienen conocidos o familiares que ya se dedican al negocio de hacer y vender arepas en Medellín: toda fábrica en Santa Cruz para poder vender lo que produce necesita pagar una cuota semanal. Aquel pago es cobrado por la estructura

criminal que domina la comuna, Los Triana, y es diferente al ya clásico pago por servicios de vigilancia que exigen los combos del barrio.

La diferencia radica en que las cuotas semanales cubren los derechos de las fábricas de arepas para distribuir sus productos en un determinado número de tiendas dentro del territorio dominado por Los Triana. En términos sarcásticamente técnicos es un impuesto a la venta

Aquello no sorprendió a Catalina o Cira, quienes por experiencia sabían que aquello también ocurría en el negocio de la tía donde estuvo trabajando Catalina por años, al otro lado del río, donde quienes controlan la comuna 5 hacen precisamente lo mismo.

Desde el primer pago, que fue cobrado un jueves hace diez años, se ha pagado cada semana puntualmente. Y hoy no es la excepción.

Catalina despertó hace poco, y hasta hace un rato estuvo disfrutando de un tinto en la cocina. Posiblemente se despertó gracias al recordatorio de algún compromiso, o de la llegada de un visitante que debe atender allí mismo en su casa. De cualquier forma, lo hará en pijama. Es probable que su seriedad solo sea superada por la afabilidad y sencillez que seguramente aprendió de su madre.

Ahora se encuentra en el segundo piso, y mientras Cira organiza paquetes vacíos de arepas, Catalina mentalmente toma nota del número de paquetes llenos que se encuentran apilados, unos encima de otros, en grandes canastas rectangulares de plástico dispersas por el suelo. De la misma manera, observa el monto de costales de maíz apilados, cuenta unos 15, y toma nota sobre los que se utilizarán este fin de semana, y de cuántos habrá que comprar para la próxima.

Hace todo eso mientras coge una de las canastas llenas y pesadas, la levanta y desciende con ella al primer piso, dejándola junto a un par más al pie de la entrada principal, donde pronto el repartidor contratado por la fábrica irá tomando paquetes, y los llevará a alguna de las 60 tiendas

que la fábrica actualmente abastece. Una última vez, contabiliza el número y tipo de paquetes de arepas que hay en cada una de las canastas. Allí, 90 paquetes de cinco arepas, y por allá, 40 de diez.

Quizá Catalina no es la única que toma nota de todo eso, pero es importante que ella lo haga concienzuda y metódicamente, ya que al final de cada semana ella se encarga de registrar los ingresos y gastos de la fábrica, además de pagar a todo el personal contratado, de saldar cualquier otra deuda, y de manejar el dinero en general.

Sin embargo, hay otra razón de peso por la cual Catalina se encarga personalmente de atender esos asuntos. Después de todo, no hay muchos aparte de Catalina y Cira que sepan, por ejemplo, que para la próxima semana comprarán unos 30 costales de maíz. Asimismo, hay muchos menos que saben la cantidad de paquetes de arepas en total que se van a vender esta semana y la próxima. Y es mejor que se mantenga así.

La cuota semanal de la vacuna es de 75 mil pesos, unos 300 mil mensuales, cantidad que la fábrica acordó con los representantes de Los Triana. A pesar de que esos 300 mil son superiores a los 200 mil que se pagaban el año anterior, continúa siendo una cantidad costeable para la fábrica, aunque solo es así por la puntualidad que han tenido para pagar las cuotas semanales por los últimos años, y por la insistencia de Cira a los cobradores de que sean comprensivos con un emprendimiento sostenido por unas pocas personas.

Sin embargo, toda aquella comprensión de Los Triana es una fachada.

Este jueves por la tarde, cuando el cobrador venga por la cuota, también pedirá que se le entreguen los costales de maíz vacíos, un elemento más que se agregó al ritual de cada jueves desde hace algunos años, y por el cual Catalina y Cira han dejado de ganar lo que obtenían al vender dichos costales. La razón expuesta por los cobradores es para que Los Triana los puedan vender ellos mismos. Por supuesto, la fábrica no recibe nada de ese dinero.

Sin embargo, casi desde el principio, Catalina sospechó que esa no era la única razón de Los Triana para pedir los costales. A partir de la cantidad de maíz en cada costal, es difícil, más no

imposible, calcular la cantidad de arepas que se pueden hacer y, por ende, verificar si efectivamente ese número compagina con la capacidad de un pequeño emprendimiento. Es con base en ese cálculo que definen la cuota “apropiada” para cada fábrica.

Pero el control que la estructura criminal tiene sobre los negocios en Santa Cruz va un paso más allá. Una vez al año, voceros de los Triana visitan a cada una de las fábricas de arepas en su territorio, no solo en la comuna 2, sino también en el Popular. El motivo es informar que ese mismo día se realizará una reunión en donde se tomarán decisiones que los afectarán y, por lo tanto, todos deberían estar presentes. No es una recomendación, es una advertencia, y quienes no se presenten serán cuestionados al respecto. Cira es quien durante estos diez años ha asistido en representación del negocio familiar a cada una de esas reuniones, sin haber faltado ni una sola vez, por suerte, o quizá por falta de ella.

Las reuniones son simples. Allí, por ejemplo, se anunció hace años la recogida de los costales, y las subidas de las cuotas mensuales cobradas a cada fábrica. Además, se definen los precios a los cuales serán vendidas las arepas en sus distintas presentaciones, un precio que se les impone a todos por igual y que es definido con base en las capacidades y costos en los que incurre cada una de las fábricas de arepas.

Pero los Triana no solo participan en esas reuniones en calidad de “reguladores del mercado”. De hecho, tienen su propia fábrica, que también participa en las reuniones, y como todas las otras, se acoge a los precios que se fijan en las reuniones. Sin embargo, casi como un recordatorio de quienes mandan allí, esa fábrica es la única que puede vender sus arepas en todos los negocios de las dos comunas, y hasta donde llegue la influencia de los Triana. A su vez, es la única a la que los minimercados y tiendas de barrio nunca podrán rechazar por poco o mucho que se vendan sus arepas.

Así, mientras las demás fábricas intentan prosperar mientras se cubren las espaldas, Los Triana son los ganadores de un juego sin salida cuyas reglas ellos mismos crearon.

Los cobradores siempre llegan los jueves por la tarde. Nunca a una hora fija, quizá lo hacen en una ruta predeterminada que tienen que cumplir, o quizá simplemente llegan cuando se acuerdan. En todo caso, nunca han faltado al ritual de cada jueves.

Quizá en las primeras visitas Catalina tuvo miedo. Aunque fue ella quien al inicio del negocio se mantuvo firme mientras su madre sentía que su proyecto no iba a funcionar; aunque fue ella que, con fortaleza, se convirtió en el apoyo de Cira y la inspiró a no rendirse pese a lo duro que podría parecer; a pesar de todo eso, quizá ella también dudó sobre el futuro en aquellos primeros jueves.

Hoy jueves por la tarde, diez años después, se muestra serena y diligente, y ya no recuerda lo que sintió en aquel entonces. Ya no es miedo lo que siente, si es que siquiera alguna vez lo sintió, sino más bien una indignación callada. Una indignación que mantiene abatida dentro de sí cada vez que reconoce a los cobradores por las empinadas calles del barrio y de la comuna, y ellos la reconocen a ella.

Sin embargo, igual que su madre, o quizá habiéndolo aprendido de ella, el humor de Catalina es sorprendente, a pesar de las circunstancias. Y no, ella no es del tipo que ríe para no llorar. Más allá de la resignación que puedan sentir, del tener que cubrir sus pasos para evitar el abuso, y el no poder crecer si no es con el permiso de quienes controlan Santa Cruz, ella y su madre tienen motivos para sentirse orgullosas; después de todo, su negocio ya cumplió diez años, y no hay problemas a la vista que puedan impedir que cumpla diez años más.

Esta pequeña casa de dos pisos, que ahora les pertenece, se les está quedando pequeña para vivir los cuatro, con el hermano y la hermana menor de Catalina, además de tener la fábrica también con ellos. Es posible que pronto la familia se mude a otro lugar más cómodo, pero dejando allí la fábrica. Después de todo, no importaría si la llevaran a otro barrio o comuna. Es probable que entren al mismo juego, pero con distintos jefes y reglas.

Pero por ahora el ritual de cada jueves continuará. Llamarán desde afuera, tocarán la puerta, timbrarán o pitarán desde sus motos, y Catalina o Cira atenderán a los cobradores sin mucha

fricción, les darán el dinero y los costales, pero no los dejarán pasar más allá de la entrada de la puerta. Y si por algún motivo Catalina o su madre no están cuando el cobrador llegue, y si el dinero de esta semana no se ha dejado a cargo de alguien, el cobrador avisará con cierta cortesía que pasará de nuevo mañana.

En todo caso, el intercambio no perdurará por mucho tiempo en la memoria de los implicados. Lo único que evidenciará que ocurrió serán algunos costales faltantes, y que al final del día, mientras se le borra del rostro su habitual sonrisa, Cira registrará en el libro de cuentas el gasto extra de cada jueves al que denomina por escrito “Extorsión”, un gesto simple que, sin embargo, durante años estuvo evadiendo, acudiendo a eufemismos. Pero al igual que Cira le contagia su sencillez y buen humor a su hija, Catalina una noche le contagió su decisión y firmeza a su madre, en una conversación que ninguna recuerda con claridad, pero fue la primera vez que madre e hija confrontaron y decidieron ponerle nombre a su situación.

Capítulo 2: Una deuda eterna

El reloj en lo alto de la torre de la iglesia marca la 1 pasada. Son pocos los venteros en el parque de Boston que han traído sus puestos. En parte por el cielo nublado y la constante llovizna. También en parte porque todavía es temprano, y son pocas las personas que atraviesan el parque, y todavía menos las que tienen alguna razón para permanecer en él.

Por ahora lo único que da un poco de vida al parque es el olor a tierra mojada que emana de la abundante vegetación; el bullicio del colegio justo al lado de la iglesia; el trajín de las calles alrededor de la manzana; y el vallenato que suena a través de la radio en un pequeño puesto en una de las esquinas del parque.

"Ya tengo quien me quiera / Ya tengo quien me mime / Ya no me da tristeza / Ya no hay quien me lastime"

Es un pequeño carrito, parecido a los del supermercado. Ha estado allí desde poco después de las ocho. En él, hay un par de cajones llenos de dulces, bolsas pequeñas con frutos secos y alguna que otra caja de cigarrillos. Del centro del carro surge una gran sombrilla abierta que cubre de la lluvia todo lo que se encuentra bajo ella, desde el letrero naranja que cuelga de unos de los soportes de la sombrilla, ofreciendo minutos a cien, la hielera tapada pero que contiene seguramente unos cuantos Vive 100, hasta un par de sillas de plástico con espaldar y las dos mujeres en esas sillas que charlan mientras la radio en el carrito sigue sintonizando La Montañera.

Clara es una de esas mujeres, y la dueña de ese pequeño puesto, uno relativamente nuevo considerando que solo ha estado allí desde hace unos siete años. Sin embargo, a diferencia de su sedentario negocio, ella ha vivido todo un viaje.

Clara interrumpe la conversación con su amiga para venderle minutos de celular a un hombre que se guarda bajo la sombrilla. Se levanta. Sus cuarenta, casi cincuenta años, se notan en

su pequeña estatura, ceño fruncido, piel blanca quemada y su sobrepeso, un detalle que según ella es su propio depósito de calorías para malos tiempos, malos tiempos que ella conoce bastante bien.

Ni siquiera era adolescente cuando la echaron de su casa. No tenía una buena relación con sus padres, y nunca más la tendría después de que ellos no dudaron en acusarla de robar miles de pesos de la tienda familiar, en complicidad con amigos de su misma edad. Aunque hoy en día ella excuse el comportamiento de sus padres nombrando a aquel episodio la “gota que rebasó el vaso”, lo único afirmable es que la arrojaron a las calles.

A partir de entonces, sobrevivió en ellas por los siguientes casi 30 años, gracias a trabajos que encontraba en el centro que le permitieron dejar de dormir en sillas, y comenzar a pagar cuartos, a la par que aprendía a quiénes era mejor evitar, y cogía el hábito de terminar casi todas sus frases con un “Papi”.

Este pequeño puesto en Boston es el primer negocio que ha tenido en su vida, una especie de proyecto que comenzó desde que vendía dulces en el parque de Bolívar, poco después de llegar a las calles, y que postergó por las siguientes décadas, mientras acumulaba favores a conocidos y rompía amistades por dinero.

Cuando llegó al parque de Boston, en el 2015, tenía cuarenta años, varias deudas pendientes, un pequeño puesto bien surtido, los números de contacto de un par de gota a gota impresos en unas tarjetas que recibió apenas montó el negocio, y la recomendación de algunos venteros y conocidos de que quizá era mejor nunca utilizar esos números.

Estos últimos consejos los agradeció, y por experiencia intuyó que habría razones más que válidas para seguirlos. Desgraciadamente, cuando los pasabocas, alguna que otra bebida, los minutos de celular y las cajas de cigarrillos que vendía no bastaron para pagar la habitación, los servicios, el lugar donde guardaba el carrito, surtir el negocio, pagar las anteriores deudas y comer al menos un par de veces al día, decidió que su única opción eran llamar a los números de esas tarjetas.

Los pagadiarios o gota a gota ya para ese entonces eran viejos conocidos en el parque de Boston. Era cotidiano ver desfilar a lo largo de la semana a unos cuantos muchachos repartiendo tarjetas de presentación a venteros, tarjetas con números y nombres impresos en ellas. Saludaban e invitaban a llamar en caso de que alguno de ellos necesitara dinero.

Pese a que los venteros se recomendaban no acudir a sus préstamos, la mayoría de los que recibían esas tarjetas se las guardaban con la intención de poder ajustar viejas deudas con nuevos préstamos.

No es difícil que un ventero llegue a un gota a gota, al menos no lo fue en el caso de Clara. A parte de la difusión que los gota a gota les dan a sus “ayudas” y lo fácil que hacen el poder contactarlos en contraposición con otras alternativas formales y menos opacas, un préstamo a un pagadiario no aparenta tener sino ventajas.

No necesitan fiadores o codeudores, una de las grandes barreras de negocios informales a la hora de acceder a estrategias como el Banco de las Oportunidades. De hecho, es bastante común escuchar entre venteros y gremios de informales preguntar en un arrebato de sinceridad “¿quién va a comprometer su nombre y plata en el negocio de un ventero informal que puede que no aparezca mañana?” La verdad, entre ellos también se lo pensarían dos veces.

Aparte de eso, también se encuentra el aspecto más seductor de esos préstamos. Son cien, doscientos, quinientos mil pesos que se consiguen en cuestión de horas, casi como por arte de magia, y que resuelven complicaciones rápidamente. Desde surtir el negocio a última hora, completar la plata del arriendo, o siquiera poder comer, en el peor de los casos.

Los primeros cien mil pesos que le prestaron a Clara, aunque insuficientes, le resultaron útiles para resolver algunos de sus problemas más inmediatos. Tan rápidamente como llegaron, se esfumaron, dejando atrás una deuda de 130 mil pesos, la cual se la pagaría al gota a gota que ahora hacía de cobrador en cuotas de cuatro mil pesos diarios como lo habían acordado.

Todo podría haber quedado ahí. En lo que serían varias semanas o algunos meses, Clara podría haber pagado ese préstamo, quizá con varios retrasos. Con el tiempo habría conseguido cancelar su deuda y, quizá, cuando estuviera otra vez en necesidad, pediría otro préstamo a otro gota a gota, cuyas ofertas no escaseaban.

Desafortunadamente no fue así.

El problema no fueron los retrasos. Los hubo, y muchos. Algunas cuotas se acumularon, alguna que otra vez se llegaron a renegociar, y en vez de cuatro mil, se pagaban de vez en cuando tres mil, o menos. A pesar de que las cuotas se acumularon, aumentando lentamente la deuda, Clara al final pudo pagar ese primer préstamo.

Al final de esa jornada en la que se pagó ese préstamo, sintió como si se hubiera ganado la lotería. Quizá días peores vendrían, pero lentamente, y con algo de esfuerzo, tal como había pagado esa primera deuda, los superaría. Se mentalizó para enfrentar el día con la seguridad de que habría un futuro.

Pero al día siguiente el chico volvió a aparecer, exigiendo la cuota de siempre, la cuota de una deuda que Clara estaba segura de que ya había sido pagada. Según el cobrador, la deuda se mantenía en pie, como compensación por las supuestas pérdidas causadas por la demora de Clara en cancelar por completo ese primer préstamo. El gota a gota no se fue hasta que recibió la cuota del día. En los días siguientes, y los que vinieron después de esos, tampoco se fue hasta recibirlas.

Cuando a Clara algo no le gusta o le incomoda, lo dice sin miramiento, tal como suele aclarar a las personas que le faltan al respeto: “Papi, si no podés comportarte de otra forma vamos a tener problemas”. Lo propio hizo con ese gota a gota.

Aquello, sin embargo, caía en saco roto cuando la respuesta a su declaración de que no iba a seguir pagando eran amenazas, y un llano y seco “Usted verá, gorda, yo no soy el que me jodo”. Clara dista de ser pusilánime, pero tampoco es imprudente, razón por la que siguió pagando incluso después de haber perdido la cuenta de cuánto había pagado en total.

La aparente deuda eterna la dejó en necesidad de pedir más préstamos, en especial cuando sus ingresos irregulares como ventera informal no bastaban para pagar deudas, mantener el negocio y permitirse sobrevivir. Los 150 mil pesos de un nuevo préstamo bastaron temporalmente, y cuando se esfumaron, dejaron tras de sí otra deuda, además de un nuevo agujero en sus bolsillos y la necesidad de un nuevo pagadiario.

Cuando los pagadiarios se acumularon, solo otro préstamo podía pagar los anteriores. En su primer año Clara llegó a tener 10 deudas. Al segundo ya había pasado de las 20. En el 2019, en el cuarto año de su negocio en una esquina del parque de Boston, llegó a deberle a 40 pagadiarios al mismo tiempo. Por aquel entonces Clara sintió que había tocado fondo.

Poco antes de las 5, la lluvia finalmente cedió, algo a lo que los venteros se han acostumbrado a medida que avanza este junio del 2022 y su caprichoso clima. A esa hora el parque ya ha cobrado vida, quizá no como los días de bazares, pero al menos con la presencia de niños, trabajadores, parejas y familias. Por esto mismo el puesto de Clara deja de ser uno de los pocos, y se comienzan a apreciar más de negocios no solo como el suyo, sino también puestos de comidas, como el de Isabel.

Al lado opuesto del parque, se ubica un rectángulo metálico cubierto por una carpa cuadrada. En una hora o quizá un poco más, habrá tanques de gas, un par de luces blancas enchufadas en la casa de algún vecino que sienta afinidad por los venteros, un olor a carne asada, y con suerte algunos clientes. Pero por ahora solo están Isabel, su hijo y su nuera alistando el puesto. Isabel tiene la misma complexión y edad de Clara, aunque con un ceño menos fruncido, pero igual de cansado.

La historia de Isabel guarda sus diferencias con la de Clara. A ella no le aguardaban las calles y un sin fin de trabajos por el centro, sino un hijo pequeño, un trabajo mal pagado como camarera y un esposo al que nunca le gustó que ella trabajara. Hace once años, en el 2011, renunció y se separó de su esposo, y montó un pequeño puesto de asados enfrente de su casa, a unas cuadas

del parque de Boston, y posteriormente, en el mismísimo parque, donde se mantendría por la siguiente década mientras su negocio se convertía en su principal sustento.

Sin embargo, aquí convergen las historias de Clara e Isabel, pues lo único que hizo posible que una madre soltera, que acababa de dejar su empleo, pudiera poner en marcha ese negocio fueron sus ahorros y lo que recibió después de marcar al número impreso en cierta tarjeta que una amiga le había hecho llegar. Desde entonces, por lo que serían siete años, Isabel cayó en la misma espiral que Clara, aunque con diferencias. Entre ellas, que Isabel descubrió a qué se referían los cobradores con “yo no soy el que me jodo”.

Sus jornadas comenzaban al atardecer. Si en días anteriores se había negado a continuar pagando la cuota de una deuda que hace días o semanas ya estaba paga, entonces el siquiera pensar en iniciar la jornada ya era de por sí un tormento para ella. Se lo pensaba bastante bien. En su mente sopesaba el dinero que necesitaba no solo para sostenerse a ella y a su hijo, sino también para surtir y mantener el negocio, además para pagar los otros préstamos a otros gota a gota. Luego, al otro lado de la balanza, recordaba las advertencias y amenazas de los pagadiarios ahora convertidos en extorsionadores que sin duda en un par de horas estarían allí, esperándola en el parque. El resultado de estas ponderaciones solía ser el mismo, pues, aunque los nervios y el miedo la acosaban, se negaba a abandonar su negocio y la oportunidad de vivir dignamente con su hijo.

Al principio ella sola se encargaba del negocio. Dejaba a su hijo en casa y llevaba el puesto al parque ella misma. Con el tiempo pudo contratar a una empleada que fue de mucha ayuda en los días más pesados, o cuando su presencia en otra parte se hacía indispensable, aunque con el tiempo llegó a desconfiar de ella cuando algo de dinero faltaba.

Mientras el cielo sobre el parque se tornaba azul oscuro, y luego la oscuridad se combatía con luces blancas, a la par que el contorno del parque era iluminado por las luces moradas y rojas de bares cercanos, varios clientes llegaban al puesto de Isabel, juntándose alrededor del sonido de chorizos, carnes y chuzos asándose. Aquella cantidad de personas era buena para el negocio, pero

si bien el trajín le demandaba toda su atención, parte de ella permanecía nerviosa, expectante, porque momentos como ese eran el instante preferido de los extorsionadores para atacar.

Al principio lo que más temió fueron las amenazas. Eran simples, secas y directas. A veces se metían con ella, otras con su negocio. Ejemplos y rumores sobre cómo se concretaban esas amenazas a deudores no escaseaban.

Hasta el día de hoy, gremios y dueños de puestos informales rememoran historias de negocios que desaparecían de un día a otro, y de venteros que huyeron de sus barrios intentando buscar protección en territorios controlados por otros combos. O también, como venteros empezaban desde cero después de que sus puestos se les fueran arrebatados.

Afortunadamente en su caso esas amenazas nunca fueron seguidas por actos. Gracias a eso comprendió que, si la quisieran muerta, hace tiempo que hubieran hecho algo.

Sin embargo, no por eso dejó de temerles. De hecho, esas amenazas le comenzaron a aterrar de una manera diferente, en especial cuando se las hacían en plena jornada, con personas esperando su servicio.

Bastaba con un simple alboroto. Uno de los extorsionadores se acercaba al puesto, a veces intimidando a clientes en el proceso y procedía a gritarle a Isabel, “¡Si tenes tantos clientes por qué no nos pagás!”, “¡Para cuándo la plata entonces!”, seguido de insultos, y después amenazas. El principal problema no era cómo la amedrentaban esas palabras. Era mucho más preocupante para ella ver cómo los clientes se asustaban y se marchaban, a la par que avanzaba la noche y no vendía nada más.

No importaba si en verdad les debía dinero o no. No importaba que las amenazas estuvieran vacías o no. Solo bastaba con que uno o varios extorsionadores montaran un escándalo por el tiempo suficiente, hasta que ella pagara, o hasta que se viera obligada a terminar la jornada prematuramente.

Cuando volvía a casa, tenía que tomar decisiones: Continuar pagando hasta que la supuesta deuda estuviera saldada, sabiendo que eso le generaría problemas para pagar otras deudas con los gota a gota; o negarse a ceder ante las amenazas, sabiendo que vendrían otra vez hasta arrinconarla nuevamente, saboteando su negocio los días que fueran necesarios hasta que ella lo abandonara.

Una vez más, el resultado de estas ponderaciones solía ser el mismo, porque, aunque lo producido en su negocio sería robado o arrebatado lentamente de sus manos, ya sea mediante el pago de deudas o de la intimidación, tenía a un hijo que sostener, y se negaba a abandonar el negocio con el que una vez vaticinó progreso y algo de dignidad.

Tras siete años de ese bucle, Isabel tocó fondo.

“¡Yo no les pienso dar ni un peso más de lo que pedí! Si quieren que les pague, esperen, y si no les basta, ¡mátenme!”

Instantes después de decir aquello, Isabel se arrepintió. Según recuerda ella, esto pasó en el 2018, en su puesto, en medio de una de sus jornadas. Tras años de abusos se había hastiado. Se había cansado de las deudas impagables, de la arrogancia de los cobradores y extorsionadores cuando armaban escándalos y sin miramiento se llevaban su dinero, y de vez en cuando, incluso demandaban que se les dieran carnes, chorizos, cualquier cosa que estuviera allí. Sin embargo, ese arrebato no evitó que por los siguientes segundos pensara en su hijo mientras esperaba una puñalada en su vientre o un disparo que lo fundiera todo en negro.

Pero nada de eso ocurrió. Lo que siguió fue silencio acompañado de varios otros venteros mirando la escena, luego la advertencia de un cobrador de que volvería mañana, intimidado frente a la repentina atención. Y después de su marcha, una vez más silencio.

Isabel, tan decidida como asustada, decidió probar suerte al día siguiente. Reconocía que era algo imprudente, pues continuaba estando a merced de los cobradores. Pero, tal como no la habían tocado durante todo este tiempo, limitándose a lanzar amenazas vacías, y tal como no le

hicieron nada la última vez, una vez más se mentalizó con la idea de que si la quisieran muerta, ya le habrían “pegado su tiro”. Además, el suyo era probablemente un buen negocio para los gota a gota, una renta de la que, si bien podían prescindir, no había motivos que justificaran deshacerse de él. Envalentonada, tomó la decisión de “parársele” a los extorsionadores.

A parte de eso, tomó otra decisión.

Cuando ella llevó su negocio al parque de Boston la primera vez, hace 11 años, aquel era uno de los pocos puestos de asados en el lugar. En el transcurso de siete años, eso fue cambiando, y a su alrededor comenzaron a aparecer otros puestos que, como ella, comenzaron a pedir préstamos que pagaban en cuotas, y cuando los gota a gota se convertían en extorsionadores pagaban las supuestas compensaciones. La mayoría de los dueños de esos negocios eran, como Isabel, madres solteras. Por eso mismo sentía simpatía por ellas, y por eso mismo decidió dejar de quedarse callada.

Cuando otras de las venteras eran acosadas con las mismas amenazas y tácticas intimidatorias que usaron con ella, Isabel comenzaba a hacer ruido con todo lo que estuviera en su mano, golpeando las pinzas contra el puesto metálico mientras gritaba “¡Déjala! ¡Que la dejés, hijueputa!”. Con el tiempo, aquello comenzó a ser acompañado por los gritos de sus otras compañeras que empezaron a defenderse entre sí.

En ocasiones, eso no bastaba para espantar a los gota a gota particularmente agresivos y a los extorsionadores. Sin embargo, aquel escándalo siempre llamaba la atención de otros hombres y mujeres de la cuadra que se sumaban y que, en caso de que no fuera suficiente, atraían la atención de otros personajes que probablemente sabían todo ese rollo, pero que en la mayoría de los casos no intervenían: los otros muchachos, los “vigilantes” de la cuadra, que, en ocasiones, quizá con la intención de ganar algo de legitimidad, procuraban echar ellos mismos a los extorsionadores.

Isabel por fin sintió que había conseguido ganar de vuelta algo de su dignidad.

La jornada de Clara continúa. Hace tres años tocó fondo, y hace tres años también mandó al carajo a sus extorsionadores, con resultados similares a los de Isabel. Sin embargo, en las pocas horas que quedan de noche, quizá otro cobrador de un pagadiario visite su puesto. Con suerte este cobrador no sea tan vehemente cuando ella le responda “Papi, hoy no se pudo, le va a tocar pasar mañana, y si no le sirve, ya verá qué hace”.

Todavía tiene otros diez préstamos pendientes, y por mucho que desearía no tener que recurrir a un gota a gota, lo que gana con su puesto a veces no es suficiente, en especial cuando se enfrentó hace poco a dos años de cuarentena, problemas de salud y a la pérdida de uno de los sitios en donde más vendía cuando sellaron el parque de Boston en los peores momentos de la pandemia.

Esto no solo se aplica a Clara.

Ahora Isabel despacha clientes con ayuda de su hijo y nuera. La nueva ayuda que recibió le permitió despedir a la empleada en la que nunca terminó de confiar, y de paso, ver como algo de dinero dejó de desaparecer.

Un año después de que decidió dejar de recurrir a los gota a gota, y tras negarse a continuar pagando deudas inexistentes a los que se convirtieron en extorsionadores, consiguió estar libre de deudas tras ocho años de pérdidas. Pero un año después llegó la cuarentena y, con ella, la necesidad de nuevos préstamos, por lo menos, esta vez de manos de un conocido.

Sus compañeras del parque, sin embargo, no tuvieron tanta suerte, y hasta el día de hoy siguen con deudas a pagadiarios con la probabilidad de caer una vez más en la extorsión. Aunque a Isabel le gustaría verlas libres de deudas, también comprende bastante bien su posición. Necesitan el dinero, y hay pocas formas de conseguirlo de una forma tan urgente como ellas lo requieren.

Mientras la noche se asienta, el reloj en lo alto de la torre de la iglesia se encuentra detenido y empeñado en marcar la 1 pasada, a pesar de que el cielo oscuro y el presentador de una emisora que suena a todo volumen en un bar cercano lo desmientan. Clara constata la hora en su celular, y pasadas las 7 decide terminar la jornada. Clara cierra los cajones con dulces, cierra la sombrilla,

arrastra el carrito fuera del parque, y lo llevará hasta donde paga para guardarlo. Después irá a su habitación, y cuando caiga rendida haciendo cuentas sobre las deudas que deberá saldar mañana, hará caso omiso de la tentación de pedir un préstamo más, y caer de nuevo en ese bucle. Aquel que, quizá, si hubiera tenido un poco más de mala suerte, le habría costado la vida, tal como una vez le arrebató sus sueños.

Capítulo 3: La incertidumbre tras cada “vacuna”

Cuando Santiago tuvo que ponerle nombre a su situación, ni siquiera pasó por su cabeza llamarla extorsión. No fue por ignorancia, o una desconexión con esa realidad. Durante los 14 años en los cuales la carnicería se mantuvo abierta en una esquina de uno de los muchos barrios de Castilla, tuvo la mala suerte de presenciar cómo distintas panaderías y legumbrerías cerraban en distintas cuadras, dejando contrariados a los vecinos y a los propietarios de otros locales. Si bien no había claridad en cuanto a los motivos, y él mismo prefería no especular al respecto, eran difíciles de ignorar los rumores de cuotas impagables y amenazas frente a la reticencia de los dueños a pagar.

Aquella realidad no era solo sospechada en ese barrio en particular. A lo largo de la década pasada la extorsión y el desplazamiento intraurbano en Medellín ya eran realidades imposibles de ignorar. Desde al menos el 2015, de acuerdo con el Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia -SISC-, en el 80% de los barrios de Medellín se sufría alguna modalidad de extorsión. Esa constante se mantuvo hasta por lo menos antes de la pandemia, cuando en el 2019, según un informe de la Personería, la extorsión se había convertido en el delito de mayor impacto en la ciudad. Además, también crecía el desplazamiento intraurbano, y no lo dejó de hacer hasta por lo menos el 2021, de acuerdo con otro informe de la Personería publicado en el 2022. Entre sus motivaciones se encontraba precisamente la extorsión.

Santiago, por suerte, no fue uno de los cientos de desplazados debido a amenazas. Nunca las recibió en primer lugar. Ni tampoco fue uno de los cientos de personas que denunciaron ser extorsionadas. En realidad, estaba seguro de que en su situación no había nada que denunciar. Por eso mismo, cuando Santiago por fin encontró las palabras para nombrar lo que su negocio había vivido durante los últimos 14 años, no las dijo con vergüenza ni recelo.

Su situación, para él, no tenía nada que ver con la problemática que habían experimentado colegas, ni tampoco con el crimen que las autoridades e instituciones se empeñaban en nombrar y perseguir. Lo que vivía era tan normal para él, que al momento de explicármelo no tuvo problemas

en hacerlo a unos cuantos pasos de su negocio todavía abierto, mientras tomaba un tinto, se desabrochaba un botón de la camisa, y se rascaba el pecho. De esa manera, sentado en una silla de plástico con sus piernas estiradas y soportando un pie sobre el otro, dijo con total naturalidad “Mijo, la verdad la ‘vacuna’ para mi es un servicio que me prestan los muchachos del barrio, es un trabajo como cualquier otro y por eso mismo es mi obligación pagarles”.

- “¿Y usted qué cree que pasaría si deja de pagarles?”

Santiago separó los pies, recogió las piernas mientras se inclinaba hacia adelante, apoyó el codo izquierdo en el muslo, y dejó el tinto en una mesa desarmable. Desvió la mirada y apretó los labios para luego relamer el superior, y un poco del bigote. Solo devolvió la mirada cuando encontró la respuesta.

- “La verdad es que no sé”.

Por 14 años, durante los cuales pagó religiosamente una cuota semanal a los “vigilantes”, en las calles del barrio motos desaparecían en las noches y carros amanecían con llantas desinfladas, mientras que, al mediodía, en la manzana de al lado, los negocios eran vigilados por unos individuos con cascos que circulaban en moto, esperando el momento perfecto, cuando hubiera el menor número de clientes posibles, para ingresar y desocupar cuánto dinero hallaran en las cajas registradoras. Y sin embargo, nada de eso le sucedió al negocio de Santiago.

La presencia de los “vigilantes” era mínima. De día eran tan solo reconocibles como muchachos del barrio, y en las noches, tan solo se escuchaban silbidos lejanos. Y sin embargo, esa difusa presencia de esos individuos en las calles le propiciaba la sensación de seguridad, y lo convencía de seguir pagando 7, 10, 15 mil pesos cada semana al muchacho que cordialmente se presentaba al negocio, y preguntaba que si le iba “colaborar” con la vigilancia.

Ante la incertidumbre, Santiago siempre llegaba a la misma respuesta.

- “Como no sé qué puede pasar, y como prefiero no saberlo, mejor sigo pagando.”.

Para Carlos, la “vacuna” ya era algo cotidiano. Primero la conoció en Buenos Aires, cuando visitaban casa por casa pidiendo “colaboración”. No fue diferente en Manrique, cuando “vigilantes” cobraban la cuota de la semana al negocio familiar que mantenía junto a su tío. Por eso mismo, no le sorprendió cuando su amigo y jefe le instruyó en separar cada semana unos 10 mil pesos para pagarles a los muchachos del barrio que pedían colaboración al pequeño minimercado en una de muchas esquinas de Castilla.

Quizá por eso mismo nunca le pareció raro cuando una cara conocida, un muchacho del barrio, un vecino, el hermano e hijo de alguien de la cuadra, cruzaba la puerta principal y caminaba al lado de la larga vitrina sobre la cual estaba la caja registradora, mientras anunciaba el motivo de su visita con un casual: “¿Nos va a colaborar?”.

Ni tampoco le pareció extraño, aunque al principio curioso, cuando en otras ocasiones una de esas caras conocidas se adentraba en el negocio buscando entre neveras y estanterías, para luego volver a la caja pagando por lo que fuera que hubiera visto y tomado, y solo en ese momento, después de una conversación superflua, preguntaba: “Ah, ¿hoy va a colaborar?”. Actuaba casi como si aquel fuera un motivo secundario de la visita al negocio, y que se permitiría olvidar hasta el último momento.

Sin embargo, por más que fuera parte de la cotidianidad todo aquel intercambio; por más que Carlos sintiera algo de simpatía por esos muchachos, por esas caras familiares de las cuales a veces conocía varios aspectos de sus vidas como resultado de atender el negocio por años; por más que sintiera cierta afinidad por esos “vigilantes” que, en ausencia, incompetencia o complicidad de autoridades, asumían la labor de garantizar seguridad a los habitantes y negocios del barrio, Carlos nunca se permitió olvidar lo que se escondía bajo ese manto de cotidianidad, un hecho que desgarraba ese velo de la normalidad y le permitía ver las verdaderas circunstancias del negocio.

Carlos en realidad no tenía una palabra en concreto para explicarlo. Sin embargo, conociendo las implicaciones de esas palabras decidió ser cauteloso. No estaba nervioso, no era la

primera vez que hablaba sobre eso. Tampoco tenía miedo, sabía que siempre y cuando no diera mucho “visaje” las cosas estarían bien.

Nos reunimos en el almacén del negocio, justo al frente del minimercado, a puerta cerrada y lejos de las calles. En medio de gaseosas, cervezas, y productos de higiene todavía sin desempacar, conversó un poco para aligerar el ambiente, dejando entre ver algo de la actitud relajada y jovial que seguramente era la razón por la que sus cuarenta años no se notaban en ninguna parte de su rostro. Mientras alzaba los brazos, entrecruzándolos para luego apoyar los antebrazos encima de su cabeza, dijo unas cuantas palabras que no compaginaban con el tono tranquilo con el que las pronunciaba. “Y es que ellos controlan toda esta zona. Ellos saben todo lo que pasa aquí. Si una moto se la roban, es que ellos dejaron que se la robaran. Si a un negocio lo desocupan, es que ellos dejaron que pasara. Vos no los ves cuidando los negocios, porque no es necesario. A los negocios que ellos no quieren que les pase nada, no les va a pasar nada”.

El constante aumento de casos de desplazamiento intraurbano y el aumento del subregistro de casos de extorsión son de hecho síntomas de ese control, de acuerdo con un informe del Instituto Popular de Capacitación (IPC) publicado a finales del 2019, titulado La Coerción Extorsiva de Medellín. Si bien a lo largo de la década pasada se había presentado una disminución de casos de homicidio en la ciudad, algo que fue celebrado por la Personería en el informe sobre la situación de los derechos humanos en Medellín de 2019, aquello era opacado por los casos de desplazamiento. Por cada homicidio, se presentaron casi el doble de casos de desplazamiento intraurbano.

De acuerdo con el IPC esto se debe a que las estructuras criminales, después de haber conseguido el control e instaurado el miedo mediante prácticas aleccionadoras como el homicidio, han optado por otras tácticas menos llamativas, pero igual o incluso más efectivas para sus intereses, o sea, el control de los territorios y de las rentas ilegales. Es así como las bandas criminales han utilizado las amenazas y el desplazamiento intraurbano como estrategias para controlar barrios, veredas e incluso comunas.

Sin embargo...

- “¿Y eso no te incomoda? O sea, estás prácticamente a merced de...”

- “A este negocio nunca lo han atracado”, me interrumpió Carlos, “he visto como a otros negocios los intentan desocupar, y no me consta que ellos no hayan pagado, pero... Igual prefiero esto a lo que uno ve que pasa como por ejemplo en Bogotá. (...) A este negocio lo extorsionan, eso no lo niego, llámelo vacuna, póngale el nombre que quiera, pero este es uno de los barrios más seguros en los que he trabajado”.

Con respecto a esto, la academia y la oficialidad también tiene bastante que decir. Carolina Lopera fue investigadora de la Secretaría de Seguridad de Medellín, y es actualmente profesora en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, y coordinadora e investigadora del Centro de Análisis Político de la EAFIT. Además, fue una de las autoras de una de las investigaciones más ambiciosas sobre la extorsión en Medellín, adelantada por la Secretaría de Seguridad y el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, y que fue publicada en 2017: *La extorsión en Medellín como fenómeno del orden social, poder político y control territorial*. Para ella, si bien las bandas criminales han podido consagrarse en los territorios gracias al miedo y la violencia, esto por sí mismo no lo explica todo. La razón por la cual de una manera u otra los habitantes de los territorios en los que se está a merced de esas estructuras criminales a veces prefieren convivir con esa guillotina siempre a punto de caer, son los roles que han ocupado y los vacíos que han llenado.

Si bien no sería del todo preciso hablar de un Estado ausente en ciertos territorios, ese Estado y sus agentes son en muchos casos negligentes a la hora de prestar atención y garantizar las necesidades de los habitantes de esos territorios. Estas necesidades, al ser identificadas por las estructuras criminales, no solo se convierten en vulnerabilidades a ser explotadas o aprovechadas, sino también en una justificación para que las estructuras criminales continúen prestando sus “servicios”, en un presunto, e incluso a veces genuino, interés por beneficiar a las comunidades a las que pertenecen.

Después de interrumpirme, Carlos continuaba con una sonrisa relajada. Era verdad. Nunca le habían desocupado el negocio durante los tres años en los que había estado abierto. Esa era la garantía de estabilidad que los muchachos de la cuadra le habían dado, y que de hecho podría ser perfectamente envidiable para cualquier otro emprendimiento en Medellín. Sin embargo, la sonrisa de Carlos también tenía algo de resignación. Aunque interrumpió mi última afirmación, nunca la negó. Aquella era una falsa seguridad, lo que se escondía debajo del velo de la cotidianidad.

Ya que Santiago nunca la trajo a colación, yo decidí ponerla sobre la mesa.

Hasta ese momento, durante las conversaciones se la había pasado glorificando el trabajo de los muchachos de la cuadra. Los respetaba. No dudaba de la disposición de ellos para cuidar el barrio. Incluso, el hecho de que pertenecieran o no a combos o cualquier estructura criminal no le molestaba en lo más mínimo.

Y sin embargo, al mencionarse la palabra extorsión, casi por arte de magia su actitud cambió.

Con base en los hallazgos de la investigación de la Secretaría de Seguridad antes citada, a pesar de que tenga distintas formas de llamarse, aunque sea percibida por las víctimas como un servicio, la “vacuna” es inequívocamente extorsión. Sigue siendo extorsión a pesar de que los victimarios lleguen a percibir ese delito como un trabajo, al punto que, como señala el informe del IPC, se han reportado casos en los que uno de ellos “fue a la Unidad Permanente de Derechos Humanos de la Personería a denunciar que en ocasiones la policía lo detiene y le impiden trabajar cuidando a la gente”.

La única diferencia entre la extorsión en la que se suele pensar y la “vacuna”, o también llamada en este caso microextorsión, es la cantidad de dinero que se exige. Un dinero demandado no como un pago para evitar ser abusado, sino más bien camuflado como lo que se exige naturalmente después o antes de prestar un servicio. A pesar de que entonces en realidad la “vacuna” no difiera mucho de la extorsión, y de hecho sea lo mismo, ese intercambio de términos

inquietó a Santiago, no tanto porque él de repente hubiera entendido que podrían ser lo mismo -a sus ojos seguían siendo términos incompatibles-, sino por lo que “ellos” podían pensar.

Santiago quizá se arrepintió por primera vez de realizar estas conversaciones al aire libre. A pesar de que no había nadie cerca que nos escuchase, a pesar de esa confianza que antes había manifestado sentir por esos muchachos del barrio, sus ojos recorrieron los alrededores, vigilantes, desconfiados, procurando saber si alguien más había escuchado esa afrenta.

Al fin y al cabo, siempre debió tener cuidado con la forma en que se relacionaba con quienes vigilaban la cuadra. Moderando sus palabras y sus actos.

- “Es que uno nunca sabe lo que ellos puedan pensar sobre lo que uno hace”, llegó a decir Santiago varias veces tanto a modo de consejo como de advertencia.

Como lo señala la investigación de la Secretaría de Seguridad y el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, la extorsión es en esencia “una inseguridad potencial pero contenida bajo amenazas de llevarla a cabo”. Eso de por sí deja a los afectados en un estado de zozobra constante.

Pero a medida que se naturaliza la “vacuna”, y se le comienza a considerar un servicio que satisface las necesidades que no fueron garantizadas por el Estado; a medida que las estructuras ilegales se ven justificadas en su papel de sustitutos de las autoridades, y se convierten en figuras importantes a ojos de sus víctimas, estas últimas comienzan a hacer concesiones irracionales con tal de poder seguir disfrutando de esos “beneficios”.

Quizá el mejor ejemplo de esto es la aceptación de la autoridad de las estructuras criminales, o sea, la aceptación de “poderes de facto que no tienen ningún tipo de límites, y al no tener ningún tipo de límite sus actuaciones son arbitrarias y caprichosas”, dice Carolina Lopera. Y, sin embargo, sus víctimas, deciden apartar la vista, siendo conscientes o no de la posición en que eso los deja.

A partir de eso, se le abre la puerta a la constante violación de derechos en “términos intangibles y en términos materiales” como lo precisa el IPC.

En el caso de Santiago, él dice que siempre ha sido él quien pone el valor de la cuota. Siempre ha sido él, afirma, quien ha elegido entregar los 10, 15 mil pesos. Durante 14 años nunca se le ha exigido más de lo que él voluntariamente ha estado dando. Y sin embargo....

- “Como no sé qué puede pasar...”

Derecho a la residencia y a la libre circulación. Derecho a la integridad personal y trato humano. Derecho a la vida. Derecho a la libertad de expresión, reunión y asociación. Derecho al trabajo. Derecho al recurso efectivo. Derecho a la intimidad y honra. Derechos de la niñez y la familia. Estos son los derechos que, de acuerdo con la Secretaría de Seguridad, el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, y el Instituto de Capacitación Popular, son violados por la extorsión, en cada una de sus modalidades. Y falta uno más.

- “... y como prefiero no saberlo...”

El derecho a la libertad y seguridad personal. El derecho a poder desarrollar su vida en conformidad con sus propios valores y deseos.

- “mejor sigo pagando.”

Quizá la libertad para decidir si pagar o no, nunca ha estado en las manos de Santiago.